

todos sus celajes, el dolor con todas sus penas, la muerte con todos sus misterios, el ideal á que tienden todas las facultades, lo infinito que nos circunda y nos envuelve, nuestro propio sér y todo el Universo. El error de los positivistas estriba en el intento de conocer la religión por facultades privativas de la ciencia, por la razón pura, por el raciocinio lógico, por la observación natural, por la experiencia y demás medios puramente científicos; empresa tan vana como si le pidiéramos al arte y sus creaciones la vida y el movimiento y el sér y la esencia de una realidad. Así como el raciocinio puro no sirve para el arte, que necesita y exige la inspiración del sentimiento, no sirve tampoco el raciocinio puro y abstracto para la religión, que necesita y exige la fe; así como el testimonio de nuestros sentidos muchas veces contradice la razón y no por eso dejamos de necesitarlo y de necesitarlo vivamente. Lo cierto es que sobre las cimas del mundo se levantan los templos cargados de ex-votos y henchidos de oraciones; que, por do quier, los altares humean iluminados por las llamas del holocausto y del sacrificio; que las tumbas de las generaciones muertas obstruyen los caminos de las generaciones vivas y les hablan del espíritu religioso, cuyos consuelos han convertido la nada en vida, que una oración incesante sube, con las alas desplegadas, por la inmensidad en pos de algo superior á todo lo creado: que los planetas, bogando por los espacios etéreos, llevan humanidades varias en sus senos, las cuales no se contentan y satisfacen con el calor de la vida material y con la comunicación de los seres materiales, sino que, poseedoras de lo perfecto y de lo absoluto en su mente, buscan el sér de absoluta perfección, correspondiente á su ideal, y oculto en los abismos tras el resplandor de los cielos.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Conciliaciones en el protestantismo alemán



N estas crisis y manifestaciones religiosas produjéronse dos escuelas que verdaderamente habían de tener, á pesar de su carácter teológico, poderosísimo influjo en el movimiento político. Era una la escuela de Jena, y avivando el espíritu religioso, querían quitar de la religión todo aquello que pudiera ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Era otra la escuela de Tubinga. Las dos querían avivar el espíritu religioso, y avivando el espíritu religioso, querían quitar de la religión todo aquello que pudiera ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Hay en religión elementos que le han sido necesarios, indispensables, y que son un obstáculo contra el cual se han estrellado todas las apologías, los elementos del milagro. Si lo sostenéis imposible que un siglo tan adelantado en ciencias físicas y naturales comprenda ni una palabra de esa religión; y si lo quitáis, imposible sostener una religión nacida del milagro, promulgada entre milagros y por milagros defendida. Estas dificultades se presentaban á los ojos de los pensadores de una y otra escuela. Los de Jena contradecían, negaban resueltamente el milagro sobrenatural; ó lo explicaban de tal suerte, y por medios tan naturales, que se desvanecía y disipaba. Los de Tubinga tenían espíritu más de conciliación y de armonía, comprendiendo que despojaban á la religión de su esencia despojándola del milagro. Se ha llamado á la primera tendencia, la que intenta extirpar el milagro tanto de la naturaleza como de la religión, tendencia racionalista. El más batallador entre los teólogos racionalistas es el célebre Juan Federico Röhr, quien desde fines del siglo pasado hasta mediados de este siglo ha combatido con igual energía, muy cercana de la triste aspereza, con empeño á todos aquellos tenaces en conservar lo que él denominaba parte

mitológica del cristianismo. Para este autor, los ángeles que rodean la cuna del Salvador y despiertan á los pastores; la fuga indispensable á Egipto por merced y protección especial de la Providencia; las bodas de Canaam, donde se trueca el agua en vino; la milagrosa multiplicación de los panes y los peces; el paso de Cristo sobre las aguas tempestuosas del mar; las piedras que se partieron al dolor en la hora de su muerte; las mujeres que escucharon el relato de su resurrección; el encuentro con los discípulos después de haber el sudario rasgado; las apoteosis en el monte Thabor, iluminado por extraña y nueva luz del cielo; toda esta parte milagrosa del cristianismo son puras fantasías creadas por las necesidades de la predicación y creídas por las supersticiones del tiempo. La razón, y solamente la razón, debe ser criterio en materias religiosas como en materias científicas. Lo que repugne á la razón por falso, debe de la teología expulsarse por irreligioso. La religión tiene por único ministerio en la Historia fundar la moralidad en la vida. El fondo del cristianismo se reduce á varios dogmas esenciales; al dogma de la existencia de Dios y de sus atributos y al dogma de la espiritualidad del alma y de su inmortalidad. La Cristología, con todos sus milagros, no pasa de ser una leyenda llena de bellezas, pero falta de verdad; propia á difundir la doctrina entre pueblos jóvenes, de sangre ardiente, de corazón apasionado, de exaltadísima fantasía, para quienes el dogma como el universo está poblado de increíbles maravillas; pero nosotros, hijos de la razón, conquistadores de la libertad, sacerdotes de la ciencia, para quienes la naturaleza universal ha ganado en sublimidad todo cuanto ha perdido en fantásticas maravillas, y para quienes ha ganado la Historia en grandeza todo cuanto ha perdido en milagrosas intervenciones; nosotros no hemos menester que Cristo lleve sobre sus sienes la mística aureola de lo sobrenatural; nos basta para seguirle, creerle é imitarle, su vida purísima, su muerte santa, la moralidad sin mancha de sus acciones, la pureza sin sombra de sus principios, la doctrina que cae de sus labios sobre la tierra sedienta, sobre la conciencia desolada y que genera en y eleva á las alturas, como vapores henchidos de vida, espíritus ansiosos de conocer la verdad y de perderse á una en los amorosos senos del Eterno.

El hombre que trató con más empeño de explicar racionalmente las páginas evangélicas, fué el doctor Paulus. Su padre se había dado en tales términos a las exageraciones del misticismo, que pasó por loco entre una parte del mundo, y por heresiarca en el seno mismo de la Iglesia. Así, Paulus decidió, en justas repugnancias á la educación recibida, no desoir, ni en teología, ni en filosofía, ni en las demás ciencias humanas, la razón y sus inspiraciones. De purísima vidr, de moral severa, de liberalismo ardiente, partidario del derecho, tanto en la esfera religiosa como en la esfera política, siguió sus ideas y las propagó con singular tenacidad hasta la hora misma de su muerte. Hizo más que Röhr. Trató de comentar históricamente los milagros. Su principio de crítica es el siguiente: sólo es cierto en la realidad histórica lo que es verdadero en la razón espejativa. Por consiguiente,

hay que explicarse como natural aquello que sólo puede admitirse como milagroso. Para Paulus, para su exégesis, los ángeles de Belén han sido apariciones fosforescentes, fuegos fatuos, como los que brillan en las largas noches de invierno por las tierras de pasto: las curas milagrosas han sido obras de medicina desconocidas ú olvidadas por los evangelistas; la expulsión de los demonios, remedios naturales á inveterada demencia; la resurrección de los muertos, el despertar de letargos connaturales á los desmayados ó á los catalépticos; el milagro de Canaán, broma de sobremesa en alegre día de bodas; la marcha de Jesús sobre el mar, mala traducción de cierta partícula griega, que quiere decir al rededor; y una serie de alucinaciones magnéticas, nerviosas, propias de climas orientales y de hombres ayunos, la transfiguración de Cristo en las místicas cumbres del Thabor. Los dos pensadores, que acabamos de mencionar, evocan los pensamientos capitales de la escuela teológica de Jena. En la escuela de Tubinga, sin que la esencia del racionalismo se pierda, consérvase más vivo el principio de la revelación sobrenatural. Es cierto que nada contrario á la razón puede admitirse; pero también es cierto que la razón nunca hubiera llegado á su madurez presente sin las dos revelaciones, bíblica y evangélica, cual no llega el hombre á su desarrollo completo si no es antes alimentado en el vientre de su madre, y, aun después de nacer, sostenido y criado á femeniles pechos. La revelación, pues, y la revelación sobrenatural es necesaria para la luz de la inteligencia y para la moralidad de la vida. Cristo es hombre y Dios á un mismo tiempo; su vida, por consiguiente, divina y humana; su enseñanza de todos los tiempos y del momento histórico en que aparece; su fin perfeccionar al hombre; y la perfección está en recoger todas sus doctrinas y concentrarlas, como en su foco, en nuestra inteligencia; y mirar, y estudiar, y meditar todas sus acciones, y reproducirlas, como en un espejo, en nuestra vida. El punto esencial de la escuela se nos parece, sin embargo, un tanto vago e incoloro cuando sostiene que lo principal, lo esencialísimo á la doctrina cristiana, es creer que Cristo es más que nosotros, vale más que nosotros; y que ni nosotros somos él, ni él es nosotros. Así la escuela de Tubinga aconseja religión, sin supersticiones; fé sin misticismo; piedad, sin exageración; sacrificio de sí mismo, sin penitencias monásticas; culto á lo pasado, sin espíritu reaccionario; confianza en lo porvenir, sin utopías demagógicas; razón, sin racionalismo; teología, sin caer en lo exclusivamente sobrenatural y teológico.

Esta tendencia debía naturalmente engendrar una especie de eclecticismo superior y de conciliación estrecha entre los dos extremos de la escuela de Jena y de la escuela de Tubinga. Así como hay muchos teólogos que representan la escuela de Tubinga, é indudablemente el que con más títulos y más razón personifica su dogmática, es el teólogo Steulel, hay muchos teólogos de la conciliación, y el que con más derecho la personifica es el teólogo Wethe. Su primer principio, por el cual toda su doctrina se conoce, compéndiase en el reconocimiento y la admisión de otro criterio, que puede llamarse del sentimiento, del

corazón, y que nos enseña por una especie de magnetismo inexplicable algo de sobrenatural y de divino, tanto en las cosas cuanto en las ideas. Su método histórico es el mismo método que condena y extirpa los milagros. Inútil discutir sobre los libros del Antiguo Testamento cuando no hay medio alguno de certificar ni su autenticidad ni su época. Los últimos libros del Pentateuco fueron escritos en tiempo de Josías, y el autor de las Crónicas recompuso y rehizo los libros de los Reyes y de Samuel en provecho de las teocracias; los salmos de David, ni son todos del rey Profeta, ni tienen todos el carácter mesiánico que una crítica estrecha y *á posteriori* ha querido atribuirles. Así traduce á la historia del dogma el mismo método que Nierburh á la historia de Roma, que Wolf á la historia de Homero. Imaginaos lo que de real quedará en esa historia de la religión, cuando se penetre dentro de sus senos con el espíritu, que ve en los primeros tiempos de la Ciudad Eterna fragmentos de una epopeya perdida y en sus reyes símbolos de las ideas y de las clases en guerra; ó con el espíritu que, advirtiendo la inmensa distancia existente entre la civilización de la Iliada y la civilización de la Odisca, borra de la realidad la persona de Homero, poeta de los pueblos, ciego como la poesía, cantor como la inspiración, que va de puerta en puerta y de pueblo en pueblo, al son de su cítara, refiriendo en melodiosos versos las hazañas de los dioses y de los hombres, creando el alma inmortal de la clásica Grecia. Como se ve á primera vista, en esta conciliación, si la parte dogmática y el carácter divino de Cristo se salvaban, perdíase irremisiblemente la parte histórica y tradicional del Cristianismo. El jefe de la conciliación religiosa entre la escuela de Jena y la escuela de Tubinga tenía profundamente arraigada en su conciencia, y vivos y animados en su corazón los sentimientos y las ideas liberales. Corrían los tristes años que siguieron á la reacción y dominaba en el mundo con siniestro dominio la Santa Alianza de los reyes y emperadores del Norte. El Congreso de Aquisgran, escuela del Congreso de Viena y premisa del Congreso de Verona, funestos concilios de la tiranía espirante, el Congreso de Aquisgran enterraba todas las esperanzas de Alemania. Como no tenían los reyes necesidad de los pueblos para combatir el genio de la conquista y de la guerra, los ataban nuevamente al pie de los tronos y de los altares. Presidía esta obra de servidumbre universal y de universal reacción el Czar ruso, fantaseador un día de apocalipsis liberales, verdugo más tarde, y verdugo empedernido de toda democracia y de toda libertad. La juventud germánica que, aleccionada en sus poetas, en sus filósofos y teólogos, soñaba con una regeneración social, rugía furiosa contra la política de los Reyes, resuelta de suyo á redimir la humillada cerviz de los pueblos. Tenía de cónsul general Alejandro en Alemania; regimiento retribuido, á todas horas consultado, un escritor germánico de indisputable valor, de fecunda y rica vena, en la poesía lírica excelente, en la dramática notable, en la crítica sangrienta diestro, en la polémica combatiente, aguerrido y superior; pero despreciable por su carácter, vendido á los enemigos de la libertad y de la patria, tornadizo en ideas, libe-

ral un tiempo, cuando la voz de Dios era escuchada por su conciencia y absolutista cuando el oro de los tiranos abrigó su estómago, y en Alemania consagrado á injuriar la nación. á maldecir de sus preclaros hijos, á calumniar la juventud alemana, á sostener aquella política desoladora, henchida de sensual misticismo y destinada á embrutecer las nuevas generaciones; política que sólo podía sostener un apóstata de la libertad por los treinta dineros de Judas. La juventud alemana odiaba más al cortesano de los Reyes, al alemán convertido en ruso, que á los reyes mismos, y al Dios de los Reyes en la tierra, al Emperador de todas las Rusias. Un joven estudiante bebió la hiel de estas cóloras nacionales, que se le subieron á la cabeza y le abrasaron en ira. De pocos años, de muchos estudios; con ideas confusas pero liberales, con sentimientos patrióticos pero exaltadísimos; habiendo leído y admirado el tipo severo de Bruto en las viejas historias, creyóse por derecho propio juez de los tiranos y sus cómplices; por derecho propio, ministro y cumplidor de la sentencia contra ellos pronunciada por la humana y la divina justicia, é invocando el numen de su patria con mágicas palabras, caldeadas en el horno de sus sentimientos, y resolviéndose á morir por su patria con resolución, acerada en la piedra de su fría y sólida voluntad, cogió un puñal, lo afiló, dirigióse á Nannheim, entró en casa del poeta egoísta, y á puñaladas lo mató á sus plantas, creyéndose más puro desde aquel momento, más digno miembro de la humanidad, más santo hijo de Dios. Los Reyes se horrorizaron de este crimen, y los pueblos perdieron con este crimen mucho. No lo justificaremos jamás. Crimen era, y como crimen debe quedar en la tierra eternamente reprobado por la conciencia humana y maldecido en la humana historia. Pero los pueblos opresos, las conciencias opresas, suelen apelar para romper sus ligaduras al crimen; y en algunos momentos hasta los corazones más honrados sienten inexplicables afectos por estos criminales tan grandes. Así fué el teólogo Wethe. Para consolar á la madre del joven Land, inmolado en afrentoso patíbulo, díjole: que si bien el acto por su carácter moral era reprobable, considerado en sí mismo y consumado por un joven purísimo y piadoso, lleno de convicciones liberales y de confianza en lo porvenir, era una señal de mejores tiempos para la patria. Esta carta le valió una destitución de su cargo de catedrático. El teólogo continuo consagrándose á reconciliar la revelación con la razón, la fe con la libertad, la democracia con el Evangelio. Y murió sin haber interrumpido ni por un solo momento su grandiosa obra. Son dignas de meditarse las siguientes palabras de Wethe: «He sembrado el trigo, pero ignoro donde madura la espiga. ¡Cuán raro es que se comprenda y que se aplique bien lo aprendido en la vida! Viví en tiempos perturbados que vieron rota la misión de los creyentes, y mezcléme á la lucha y mezcléme al combate. En vano fué, porque no he podido sacarlo al puerto de la victoria. Por la libertad y por la justicia he combatido y combatiré más todavía. Fué para mí esta lucha necesidad del corazón. Mucho he sufrido, pero desearía sufrir aún más por la justicia y por la libertad.»